

PICÓN, Jacinto Octavio: *Después de la batalla y otros cuentos*. Edición de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo. Madrid: Cátedra, 2011, 355 pp.

De la mano de quien es su más reputado especialista en la actualidad, este volumen antologa una serie de cuentos del escritor madrileño al tiempo que provee al lector interesado de una muy completa introducción a su figura y al conjunto de su producción narrativa, breve (124 cuentos) y larga (8 novelas). El Índice nos anticipa cómo habrá de abordarse el estudio de los cuentos piconianos: partiendo de su asedio externo («El género y su difusión», «Los cuentos de la prensa» y «Los libros de cuentos») se interna en el paso de la historia al discurso en el apartado tercero, desglosado a su vez en secciones de indudable interés que ya abren algunas vías de aproximación temática, tonal, ambiental, temporal, narrativa, descriptiva, estructural, composicional y de la significación de los cuentos. Un centenar de páginas previas a la gavilla de quince cuentos aquí editados bastan a Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo para ubicar al autor en sus coordenadas histórico-literarias y profundizar en el haz y el envés de sus relatos más granados. De modo que el lector halla aquí un buen compendio del quehacer cuentístico de quien a menudo ha permanecido arrumbado en el largo etcétera de narradores decimonónicos con frecuencia ocultos por los grandes nombres que descollaron a la vez en la novela y el relato, singularmente Clarín y Pardo Bazán, sin excluir, no obstante, pese a su parva producción en este género, a Galdós. No duda el editor en sentenciar que es Picón «sin paliativos uno de los mayores escritores de relatos breves, en una producción que resulta paralela en todo a la de figuras como Clarín y Pardo Bazán» (p. 44).

No es pequeño el reproche que abre las páginas introductorias y que justifica esta selección tan cuidadosa y primorosamente editada. Gutiérrez Díaz-Bernardo se propone «Revocar el fallo de la posteridad». Tras señalar este «olvido sin parangón» (p. 11), son evocados los múltiples reconocimientos tributados en vida al autor por sus méritos literarios por parte no solo del público sino también de sus más preclaros colegas en las letras. Coetáneo estricto de Pardo Bazán, Alas y Palacio Valdés, fue el único narrador madrileño de su generación (p. 13). Académico y republicano, condecorado con la Legión de Honor, modesto y tolerante, ameno conversador, sin ser un profesional de las letras debido a su desahogada posición, se granjeó el respeto y el afecto de sus contemporáneos. Practicó una suerte de relativismo moral y de progresismo utópico (p. 29) de los que supo sacar una decantada rentabilidad literaria.

Adscrito a la estética realista-naturalista en su doble vertiente crítica y creativa (p. 21), pudo verter sus ideas en los más de treinta prólogos que escribió y, especialmente, en soporte periodístico. Es interesante destacar que el prurito ético del autor puede lastrar sus novelas pero es mucho más tolerable en sus cuentos, donde asisti-

mos a la plasmación de una «moral tan anticonvencional como firme» y a «una moralización implícita, construida con verdadera maestría, que se desprende del relato sin el recurso grosero al aviso o la moraleja» (p. 61). La temática social entrevera sus relatos en los hilos de fábulas amorosas en las que se despliega una variadísima casuística de drama de familia. Esa preferencia temática especializa al autor en el tratamiento del personaje femenino, del que es consumado maestro, así en «Desencanto» o en «La prueba de un alma», en «Doña Georgia» y en «Los triunfos del dolor» y en «Después de la batalla».

Madrid y, sobre todo, el interior doméstico burgués son los ambientes predilectos: hotelitos, alcobas y gabinetes ayudan a configurar con sus alardes decorativos y suntuarios a los personajes, como quería Balzac y, más tarde, Galdós. Es la suya una narración que nunca pesa al lector, que no se hace ominosa por la presencia autorial (p. 70) ni por el quiebro gramatical de la primera persona que confunde la voz (p. 71), ni por la excesiva concurrencia de narradores homodieéticos y que tiende a la neutralidad, incluso a la gravedad (p. 75), en detrimento de ese tono zumbón y festivo con el que se aderezan tantos cuentos de aquel tiempo. Domina Picón la sensorialidad pictórica, en particular una visión impresionista (p. 77) que se enriquece con alusiones artísticas de erudito *connaisseur*. Agudo titulador, don Jacinto esquivo todas las trampas de lo conocido e infunde a sus cuentos sutileza y novedad. Entre sus procedimientos preferidos figura el de la bimetración o dualismo (vinculado al prurito docente, p. 82), pero son evidentes todos los que el realismo y el naturalismo ensayan, sin menoscabo del idealismo.

La nota editorial revela por parte de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, avezado en artes editoras del género breve piconiano, como su frondosa edición completa de la Fundación Universitaria Española deja ver, tino y permanente vigilancia. Una Bibliografía muy útil y minuciosa, que también da cuenta, como no puede ser menos, de los recursos electrónicos disponibles hoy, cierra las páginas introductorias proporcionando al lector los mejores pertrechos para adentrarse en la obra breve de un autor del que, asimismo, se nos brinda su efigie en dos retratos fotográficos, además del que al carbón pergeñó Ramón Casas y merece el honor de la cubierta, y de una caricatura tomada de *El Cuento Semanal*.

Los quince títulos aquí seleccionados ofrecen un muy variado muestreo de las dotes cuentísticas de su autor y permiten constatar el tino crítico del editor que, a pie de página, sigue acompañando al lector en la tarea de glosar y explicar pasajes y voces. Cada relato —la nómina incluye el título epónimo del volumen, y por orden de aparición, *Boda deshecha*, *Virtudes premiadas*, *La amenaza*, *Doña Georgia*, *Los triunfos del dolor*, *El agua turbia*, *La prueba de un alma*, *Santificar las fiestas*, *El último amor*, *Lo imprevisto*, *Lo ignorado*, *Boda de almas*, *La flor de la patata* y *Desencanto*— va provisto de sus propias notas aclaratorias que perfilan detalles de la historia editorial, pormenores léxicos y semánticos de amplio espectro, apoyos autobiográficos de la ficción, así como de explicaciones de los oblicuos modos de la ironía y de la reminiscencia literaria que solo un gran conocedor de los secretos narrativos de Picón puede desvelar con tal oportunidad y sincretismo. Especialmente rico es el apar-

tado en que se nos invita a conocer otras secuencias intratextuales al hilo de la lectura de los cuentos o bien ciertas isotopías que se dan también en autores coetáneos y estéticamente afines como Galdós, Alas o Pardo Bazán. Descubre asimismo ciertos usos particulares, como el de «desatalementadamente», que se da en otras variantes adjetivas en otras obras de Picón, como apunta la nota 30 de *Virtudes premiadas*, que viene a restituir una voz que pasó inadvertida o mal leída para otros.

Muy leves, insignificantes verdaderamente, son las erratas de este tomo tan cuidado. Se refieren a la elisión de algún signo de puntuación (pp. 39, 190, 191), la presencia de alguna letra inoportuna (pp. 85, 226) o su falta (p. 158), la grafía de alguna mayúscula que se hurta (en «Boina», del cuento *Morrión y Boina* de Pardo Bazán, p. 159; o en «Manifeste des Cinq», p. 186), la presumible elisión de alguna preposición (p. 218). En otras ocasiones, como en la nota 52 a *Desencanto*, podría aludirse al transparente galicismo.

Datados entre diciembre de 1882 y enero de 1907, puntualmente anotados y comentados, los cuentos que forman esta gavilla piconiana son un verdadero regalo para el lector ávido de ahondar en la figura del madrileño cada vez menos soslayada gracias a los empeños hermenéuticos y editoriales de quien es hoy su máximo conocedor.

Cristina PATIÑO EIRÍN